



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

Vicerrectoría de Docencia

Leer *y* releer

Diciembre de 2023 N.º 102



El misterio de la palabra

Juan José Hoyos

(Parte II)



Ilustraciones: Fotografías e intervenciones de Ana Fernanda Ríos Gallán
Portada: Work in Progress, Intervención *in situ*, 2019



<http://biblioteca.udea.edu.co>
Correo electrónico: jluis.arboleda@udea.edu.co
Diseño y diagramación: Imprenta Universidad de Antioquia
Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Distribución gratuita

“[...] encuentro en el cronista de hoy un enamorado de la vida. Una crónica es apasionante porque te lleva a descubrir una nueva faceta de la vida. O aun si no fuera una nueva faceta, a mirar con una luz más intensa lo que es esa faceta de la vida. Lo hacen tus crónicas. Lo hacen desde luego “Bajo las ceibas”, aun sin tener esos artículos del domingo, la pretensión de una crónica; sin embargo, hay fiesta detrás del cronista. Pueden tener la misma extensión de las crónicas de César Vallejo. Uno termina de leer las crónicas de César Vallejo y dice: “Muy lindas. ¿no?”. Uno termina “Bajo las ceibas” y queda preocupado, esa es la diferencia”

Javier Darío Restrepo en su opinión sobre el trabajo de Juan José Hoyos. (p.32)
Un día con los cronistas. Universidad de Antioquia, 2015



S. t., de la serie *Horizontes*. Fotografía digital. 2018

El simple arte de caminar

Es, de nuevo, la mañana. Me despierta la luz tibia del sol que entra por la ventana. Me levanto y pongo música. Miro los árboles, al otro lado de la calle. Sus hojas verdes brillan, mojadas por la lluvia del amanecer. Dos pájaros de buches rojos y alas negras juegan un juego de amor y de plumas sobre la baranda del balcón. Adentro, en la casa, el aire está tibio, pero cuando abro la ventana y entra al cuarto una bocanada de aire fresco, siento como un grito la llamada del cielo azul. Entonces pienso que tengo que trabajar.

Sin embargo, mi alma se rebela. Me visto, me pongo los tenis y salgo a la calle a caminar. La ciudad de la furia todavía duerme.

Mientras camino, pienso: solo sé que voy a dar una vuelta. No sé ni la hora: hace años no uso reloj. De vez en cuando, por la avenida que atraviesa el barrio, pasa un automóvil apresurado. Después, lo sigue un bus lleno de gente. Después un camión. Me alejo de la avenida para buscar las calles solas. No corro. No brinco. No me detengo a hacer gimnasia. Solo camino y saludo a los perros que también han salido a pasear. Trato de leer el libro olvidado de la naturaleza en los árboles

que manos amorosas han sembrado para que la llama de la vida no se apague en el barrio ni en el mundo. Me detengo donde me da la gana: junto a una guardería donde unos papás todavía entredormidos llevan a sus hijos a estudiar; junto a una tienda de barrio que abre sus puertas al nuevo día; junto a un basurero; junto a un jardín. Miro y toco el milagro de las flores moradas, recién sembradas, que están naciendo. Trato de hacer todo esto sin propósitos, como aconsejan los sabios, llevando mi propio paso, con mi corazón abierto a todas las impresiones, dejando que mis pensamientos adopten el color de lo que veo; queriendo ser como una flauta para cualquier viento.

De pronto siento llegar lo que estoy buscando en medio del ruido de la ciudad que se levanta: es como un silencio en el corazón. Apenas lo alcanzo, viene a mi mente un libro que me regaló mi amigo mexicano Hernán Lara Zavala. Es pequeño, como muchos grandes libros, y fue publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es una joya que nos recuerda que el ser humano puede encontrar altos momentos de felicidad en las pequeñas acciones de la vida cotidiana. Se llama «El arte de caminar». En sus páginas hay dos ensayos de William Hazlitt y Robert Louis Stevenson que ningún hombre que quiera aprender la sabiduría de las pequeñas cosas (que es la más alta) debería ignorar.

Sobre el ensayo de Hazlitt, titulado «Dar un paseo», Stevenson decía que el que no lo hubiera leído en Inglaterra debería ser multado por el gobierno. El ensayo de Stevenson, titulado «Excursiones a pie», fue escrito años después en homenaje al primero.

Hazlitt habla con entusiasmo de los paseos que uno hace solo, donde puede detenerse todo el tiempo que uno quiera. Según él, en esta clase de paseos nos vemos a nosotros mismos en perspectiva al encontrarnos fuera de nuestro entorno. Son, pues, especies de pequeños cuentos escritos en medio del silencio del camino, donde nosotros mismos nos convertimos en un personaje al que podemos ver y con el que podemos hablar, reírnos, soñar.

«Cuando estoy en el campo —dice Hazlitt— deseo vegetar como el campo. El alma de una caminata es la libertad, la libertad perfecta de pensar, sentir y hacer exactamente lo que uno quiera. Caminamos principalmente para sentirnos libres de todos los impedimentos y de todos los inconvenientes, para dejarnos atrás a nosotros mismos, mucho más que para librarnos de otros. Denme el claro cielo azul sobre la cabeza y el prado verde bajo los pies, un camino sinuoso y una caminata de tres horas antes de cenar... ¡y luego a pensar!».

Para caminantes como Robert Louis Stevenson, el camino no solo es el hallazgo del silencio del corazón, sino la esperanza de la noche. Y la noche, a su vez, es la recompensa de la jornada: «permanecer sentados y contemplar; recordar sin deseo los rostros de las mujeres, complacerse en los grandes hechos de los hombres sin envidia alguna, ser todo y estar por doquier en simpatía, y sin embargo estar contentos de quedarnos donde estamos y de ser lo que somos».

Caminar es encontrar el propio silencio, en lugar de un silencio embarazoso, como el de los cocteles y las conferencias, interrumpido por intentos de decir algo ingenioso o simples lugares comunes. Estoy convencido, como Stevenson, de que ese silencio no alterado del corazón que se logra caminando es el único que es la elocuencia perfecta.

Hablando del caminar, Stevenson parece haber escrito para los tiempos que corren: «Al que avanza demasiado de prisa le falla la comprensión; su corazón se indigna contra quienes beben su corasao en delicados vasos de licor cuando podría bebérselo a tragos en una gran jarra. No cree que el sabor es más delicado en dosis más pequeñas; no cree que recorrer esta desmedida distancia sirva simplemente para embrutecerse y llegar a su posada por la noche con una especie de escarcha sobre los cinco sentidos y con una noche oscura, sin estrellas, en el espíritu».

Luego insiste: «No hay tiempo en que los hábitos de negocios queden más aplacados que en una excursión a pie. Uno se siente casi libre. Se está lejos de esos lugares donde los relojes enloquecen y dan las horas más rápido unos que otros... Parece

como si una caminata a paso vivo nos purgara, más que ninguna otra cosa, de toda mezquindad y orgullo...».

Después de caminar un rato sin rumbo fijo, regreso a casa poseído por una felicidad suave. Porque caminar —dice Stevenson— es el mejor antídoto moderno contra la prisa: tenemos tanto afán por hacer cosas, por trabajar, por escribir, por acumular dinero, por hacer oír nuestra voz en el silencio burlón de la eternidad, que olvidamos esa cosa de las que aquellas no son sino partes, a saber: nos olvidamos de vivir. Caminar puede ayudarnos a no olvidarlo nunca.

Tomado de *El libro de la vida*, Dann Regional, Medellín, 2006, pp. 63-66

¡Por siempre, Bach!

Afuera, en la calle, los edificios hostiles de la nueva ciudad se levantan por los cuatro costados cercando las casas del antiguo barrio Laureles, que caen una tras otra, sin piedad, a los pies de los gigantes de concreto. Adentro, en la casa, el paisaje es distinto: hay muros y techos de tamaño humano, y música y silencio. Música que alegra el alma en medio del ruido de los martillos. Silencio que le permite a uno encontrarse consigo mismo bajo el manto de los coros, las trompetas y los clavicémbalos de los grandes maestros de la música barroca.

En la biblioteca, rodeado de discos y de libros, está el maestro Rodolfo Pérez González oyendo una suite para chello de Johann Sebastian Bach, el compositor alemán que él empezó a amar desde la década del cuarenta, cuando descubrió en su propia casa, entre los papeles de su padre, la partitura del Concierto para violín en sol menor, y aprendió a tocarla. Luego oyó en la radio la Coral de la Cantata 147, transcrita para piano; la repetía varias veces en su programación semanal la Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia, que entonces tenía en su archivo pocos discos, y él la perseguía en el dial. La Voz de Antioquia también difundía los domingos por la tarde un programa de música clásica que lo ayudó a conocer nuevas obras de Bach y de muchos otros compositores.

«Para ser músico, uno tiene que aprender a caminar pegado de la pata de un piano» dice el maestro con su voz de bajo, mientras habla de su infancia. Su padre, José Pérez, nació en la provincia de Valladolid, en España, y llegó a Medellín en 1924, después de viajar por Cuba y Puerto Rico. Aquí se casó con una muchacha antioqueña y empezó a trabajar como organista en la iglesia de Buenos Aires. Y aquí nació el maestro Rodolfo Pérez, en 1929. A pesar de ser músico, el padre luchó para que sus hijos escogieran profesiones distintas, por temor a la pobreza. El mayor estudió ingeniería en la Escuela de Minas. Pero el segundo (Rodolfo) decidió abrazar ese oficio que lo llamaba desde la sangre. Por eso estudió piano con su padre, usando sus mismas partituras, y luego estudió violín, viola, viola da gamba, órgano y armonía en el Instituto de Bellas Artes. La muerte de su hermano mayor, poco antes de graduarse, y la de su padre, un año después, lo llevaron a tener que vivir del oficio de músico a partir de 1953. Para ayudar a sostener a su familia, ese año aceptó el puesto de organista que dejó vacante el viejo José en la iglesia de Buenos Aires. Luego se enroló como maestro de música en varios liceos de la ciudad, entre ellos el de la Universidad de Antioquia.

10

Los dos oficios lo fueron acercando cada vez más a los grandes maestros y lo convirtieron en uno de los protagonistas de la vida musical de Medellín durante más de medio siglo: fundó y dirigió la Coral Tomás Luis de Victoria, que todavía existe para gloria de la música y de Medellín; fundó un grupo de música antigua; fundó también un magnífico coro de obreros, la inolvidable Capilla Polifónica de Coltejer, que dirigió durante más de quince años; al mismo tiempo formó grupos vocales de cámara en la Universidad de Antioquia, donde también fue maestro por muchos años de las cátedras de Historia de la Música y Contrapunto. A todo esto hay que sumar su trabajo incansable estudiando música antigua, y transcribiéndola, sobre todo en España, donde el Rey Juan Carlos le concedió el título de Comendador de la Orden de Isabel La Católica, una forma de agradecerle en nombre del pueblo español su

dedicación a rescatar la obra de algunos madrigalistas olvidados y, sobre todo, la obra del gran compositor Tomás Luis de Victoria, oriundo de Ávila.

Mientras tanto, en forma callada, el maestro Rodolfo Pérez componía su propia obra: una ópera, «El inspector», basada en la obra de Nikolai Gogol; varios poemas corales como el de las Coplas de Don Jorge Manrique a la muerte de su padre; «Tierra de promisión», basada en los poemas de José Eustasio Rivera... En total, más de 200 piezas.

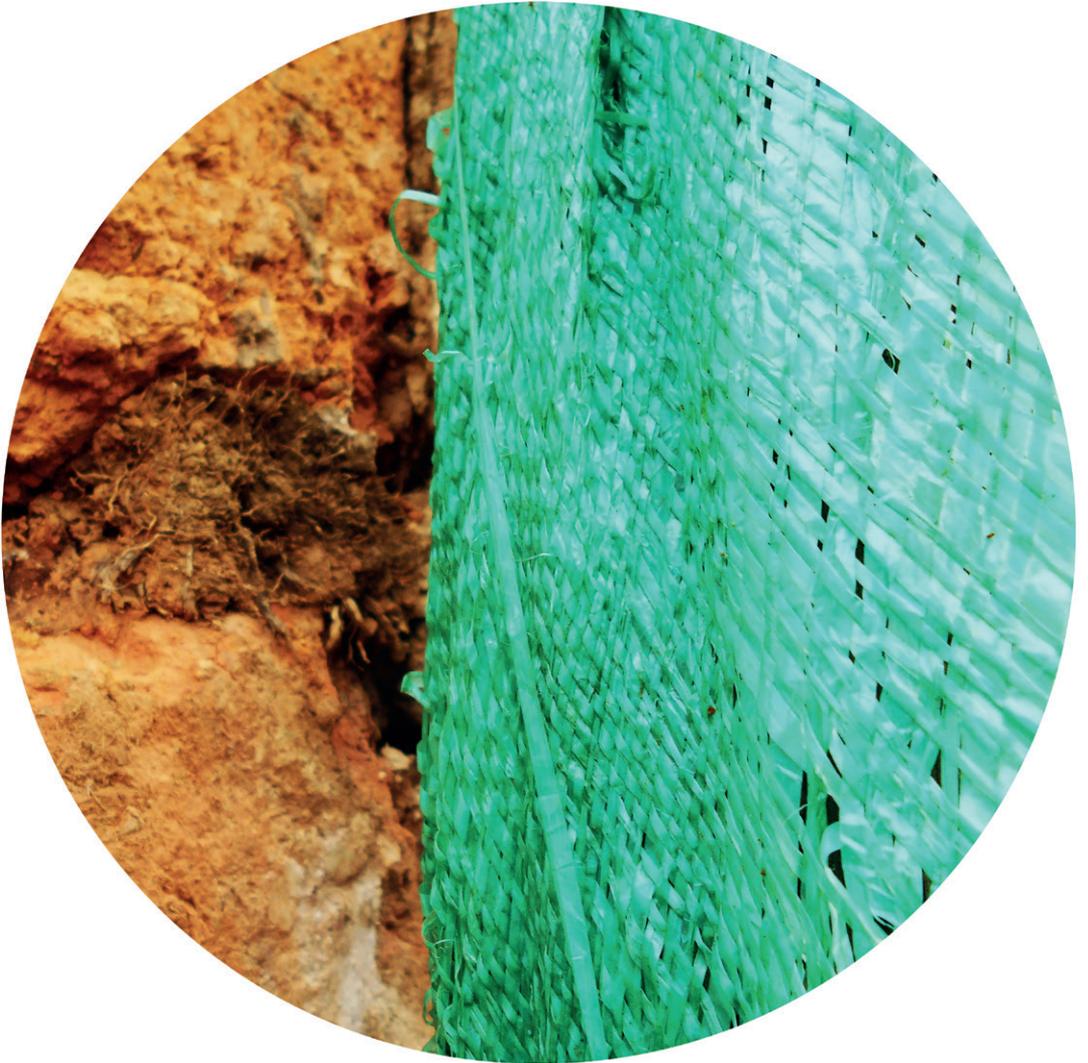
En medio de la música dulce de una sonata de Bach, la voz del maestro repasa momentos que jamás se borrarán de su mente: el montaje de «La Pasión según San Juan», de Bach, que él mismo dirigió con una orquesta de dieciocho músicos y un coro de cincuenta y cinco voces: ensayaban en un patio prestado, en un colegio del centro; todos se sabían de memoria las partituras y cantaban el oratorio casi oscuras, caminando por el patio.

«Llega un momento en que La Pasión uno no la canta, sino que lo arrastra a uno», dice el maestro. Ahora, después de medio siglo, por fin ha podido encontrarse otra vez con su autor, esta vez escribiendo una bella historia de su vida y de su obra titulada «Aproximación a Bach». El libro fue publicado por la Compañía Dann Regional y está hecho de música de pasta a pasta. Pasar sus páginas es recordar cada momento de la vida de Bach como una fuga, un contrapunto, una variación... y hasta una Pasión. Allí está narrada su lucha por aprenderlo todo de sus maestros, una familia de organistas llenos de talento que sin embargo murieron en la pobreza; su crecimiento como hombre y como artista; su lento acercamiento a los oficios musicales de la Alemania luterana de su época, gobernados por juntas de mayordomos y sacristanes ignorantes; su cauto distanciamiento de las cortes. Su paciencia para ir creando, poco a poco, entre uno y otro oficio religioso dominical, esa obra inmensa de elevación espiritual. Es irrefutable que nunca en la historia de la música se integraron en forma tan íntima y se llevaron a un grado tan alto en un solo hombre los atributos de compositor, intérprete

y maestro. Con razón dice el escritor E. M. Cioran: «Tras un oratorio, una cantata o una pasión —de Bach—, Él tiene que existir. De lo contrario, toda la obra del Kantor sería una ilusión desgarradora... Pensar que tantos teólogos y filósofos han perdido días y noches buscando pruebas de la existencia de Dios, olvidando la única».

Bienvenido este libro que nos devuelve otra vez a la música de Bach y que, como la casa y el alma del maestro Rodolfo Pérez, es un refugio de paz y de sosiego en medio del ruido endemoniado de las avenidas y en medio de los nuevos gigantes de concreto que han cercado su barrio.

Tomado de *Viendo caer las flores de los guayacanes*, Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2006, pp. 112-115



S. t., de la serie *Horizontes*. Fotografía digital. 2017

Réquiem por mi amigo

Dicen que murió el poeta José Manuel Arango. Yo, con todo respeto por los que creen en la muerte, pienso que no es verdad. Cuando empezaba a agonizar en una clínica helada de Medellín él mismo lo discutió conmigo y yo le dije, como decía Andrei Tarkovski —el inolvidable director ruso de cine que los dos tanto amamos—:

—José Manuel, la muerte no existe.

Debo explicar cómo entré a la sala de cuidados intensivos: esa tarde, debido a la gravedad del paciente, habían sacado de allí a toda su familia. Yo me puse serio, abrí todas las puertas sin preguntar nada a nadie y llegué al puesto de enfermería y pedí la historia clínica de José Manuel. Cuando él me vio junto a la camilla donde empezaba a entregarse a la muerte en esa noche de su pasión, me dijo:

— ¿Y vos cómo hiciste para entrar aquí?

Yo le contesté:

—José Manuel, los periodistas somos muy peligrosos...

Entonces nos pusimos a hablar de la muerte, y no sé por qué se me vino a la memoria el epígrafe de una novela que estoy escribiendo y que José Manuel me iba a corregir. Son unos versos de Emily Dickinson —él hizo las que son sin lugar a dudas las mejores traducciones de ella al español—. Los versos dicen así:

*Incapaces son de morir los amados
pues el amor es inmortalidad.
Incapaces son los que aman de morir
pues el amor transforma la vida en eternidad.*

Él sonrió con tristeza cuando me oyó balbucear el poema junto a sus orejas. Me lo sabía de memoria porque decidí incluirlo también en el recordatorio de la muerte de Anita, mi madre, una mujer que él también amó.

—Yo no sabía que un infarto duele tanto —dijo de pronto. Por eso le aplicaron morfina.

—Tengo una *trabita* más buena... —dijo después.

Todo esto sucedió el jueves 4 de abril por la noche. José Manuel y yo íbamos a vernos al día siguiente en la Universidad de Antioquia para revisar unos manuscritos.

En medio de los sopores de la morfina, él insistió, cuando ya empezaba a entregarse a la muerte, con la misma sonrisa triste en los labios:

—Juan, yo pienso que ya nunca más volveremos a vernos... Tragué saliva para no llorar y me armé de valor:

—José Manuel —le dije—, otro error. Primero que todo, vos no te podés morir. Y segundo, los hombres como vos nunca mueren.

Y para corroborar mi tesis peregrina le cité de memoria un poema suyo sobre su padre, como diciéndoselo a mi propio padre —José Manuel era para mí algo como eso, o para decirlo de modo más preciso: era mi hermano mayor—. El poema dice así:

*a veces
veo en mis manos las manos
de mi padre y mi voz
es la suya
un oscuro terror
me toca
quizá en la noche
sueño sus sueños*

*y la fría furia
y el recuerdo de lugares no vistos
son él, repitiéndose
soy él, que vuelve
cara detenida de mi padre
bajo la piel, sobre los huesos de mi cara*

Él volvió a sonreír, descoyuntado sobre la cama, como un trapo, mientras yo sostenía entre mis manos su mano fría y depositaba en ella uno que otro beso porque se me habían agotado las palabras. Lo hacía sin pena de las enfermeras y los médicos que nos miraban asombrados. ¿un tipo medio loco recitándole poemas y dándole besos a un hombre moribundo en una sala de cuidados intensivos? Claro que ellos no sabían que los poemas eran del agonizante.

Saboreando las sílabas como hacen los fumadores empedernidos, José Manuel dijo:

—Juan, tal vez vos seas el que tiene la razón.

Volví a tomar entre mis manos su mano derecha, que era la única que estaba libre de catéteres y monitores, y la besé un montón de veces, como hacemos los borrachos con los amigos del alma cuando nos hemos tomado una botella de aguardiente.

Nos despedimos sin llanto. Es difícil describir lo que yo sentía esa noche: era una especie de paz. Una especie de alivio.

José Manuel entró en coma al amanecer. Yo entonces no lo sabía, pero lo que habló conmigo fue lo último que dijo, él que hablaba tan poco. Murió después del mediodía del 5 de abril del año 2002. Paz a su alma ya sus cenizas, porque mientras Clara y nosotros sus amigos estemos vivos, él jamás tendrá una tumba.

Tomado de *El libro de la vida*, Dann Regional, Medellín, 2006, pp. 31-34

Una llama de amor viva

Cuando leí sus poemas por primera vez no pensé que fuera un santo. Eran los poemas de amor más vivos y verdaderos que yo había hallado en mi corta vida. Todavía era un adolescente y estaba encerrado en un internado, lejos de la gente que amaba. De pronto mis ojos encontraron en una hoja amarilla de ese libro viejo estas palabras:

*¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro,
pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
rompe la tela de este dulce encuentro!*

Cerré el libro y leí en la portada el nombre del autor: San Juan de la Cruz. Me dije que si el hombre de esos versos era un santo, también era un hombre de carne y hueso como el resto de los mortales. Comprendí que místico no quiere decir menos humano, sino más humano en el sentido más alto, más delicado, más dulce. Porque como dice Juan Ramón Jirnénez, entre románticos absolutos como San Juan de la Cruz o Gustavo Adolfo Bécquer, el que tiene un sentido más profundo del amor es el que hace del amor humano poesía humana y divina al mismo tiempo.

Porque San Juan de la Cruz habló de lo que no se puede decir, con palabras tan suyas, que hasta los monjes del Tíbet, los gurús de la India, los borrachos del Bowery, los marihuaneros atormentados de mi Medellín y hasta alguna clase de basura que quedó de los conciertos de Woodstock, saben que el poeta, así lleve nombre de santo, está hablando de lo mismo: de la búsqueda y el encuentro del hombre consigo mismo... Ese pobre hombre lleno de preguntas que todos llevamos a solas con nosotros mismos...

Tal vez por eso los que han estudiado las raíces de su obra dicen que él es un heredero de la poesía de los infieles árabes que mantuvieron invadido a su país durante más de siete siglos. Estoy hablando de los poetas sufíes, gente casi desconocida para Occidente, un mundo consagrado al dios Dólar, que piensa que Oriente es la barbarie. Que hay que destruirlo a toda costa para mantener la paz del mundo y de paso arrebatarles su petróleo. Oriente es el lugar por donde sale el sol, pero también es el lugar donde la humanidad de hoy busca lo que ha perdido.

Me quedé asombrado esta semana cuando tres locos de amor —como yo—, enamorados de la poesía de San Juan de la Cruz, me acompañaron en la idea de leer poemas de él en la misma casa donde vivió el mayor de los poetas que hemos tenido en nuestra tierra: Fernando González. Un hombre bello y extraño, ateo y místico, contradictorio como casi todos los mortales. En su adolescencia, González fue expulsado del colegio de San Ignacio de Loyola por haber negado ante los Jesuitas, que trataban de educarlo, el Primer Principio: la existencia de Dios... Y la noche de la lectura de poemas, la casa de ese loco, más loco que nosotros, se llenó de gente que tal vez se preguntaba lo mismo. Yo, que ya estoy cansado de preguntas y de rezos, confieso que soy de la misma religión de Fernando González. La religión del Hombre. Pienso que Dios es una muchacha. La muchacha de las muchachas.

Nunca me había puesto a pensar en las afinidades que tuvieron Fernando González y San Juan de la Cruz, pero los dos vivieron a la enemiga, se atrevieron a ser ellos mismos. Por

supuesto que el santo español sufrió más porque fue encarcelado por los mismos frailes de su comunidad, a la cual él estaba tratando de redimir. Pero los Carmelitas Calzados no sabían que él era alguien para el cual no existían las cárceles. En la mazmorra donde lo encerraron, sólo porque pensaba distinto a ellos, él escribió de memoria uno de los poemas más hermosos de la lengua castellana: el *Cántico Espiritual*.

San Juan de la Cruz logró escaparse de la cárcel como lo haría un delincuente: rasgó su cobija y fabricó una cuerda, se quitó el hábito y se lanzó al vacío en medio de la oscuridad. Cayó en ropa interior al patio de un convento de monjas de clausura y se dijo, según cuentan algunos de sus biógrafos: «Si los Calzados me hallan aquí, me llevan al patíbulo»...

Sin embargo, palpando en medio de la oscuridad, se vistió y saltó a la calle. De este modo se salvó de la prisión y de la muerte el poeta más grande de la lengua española.

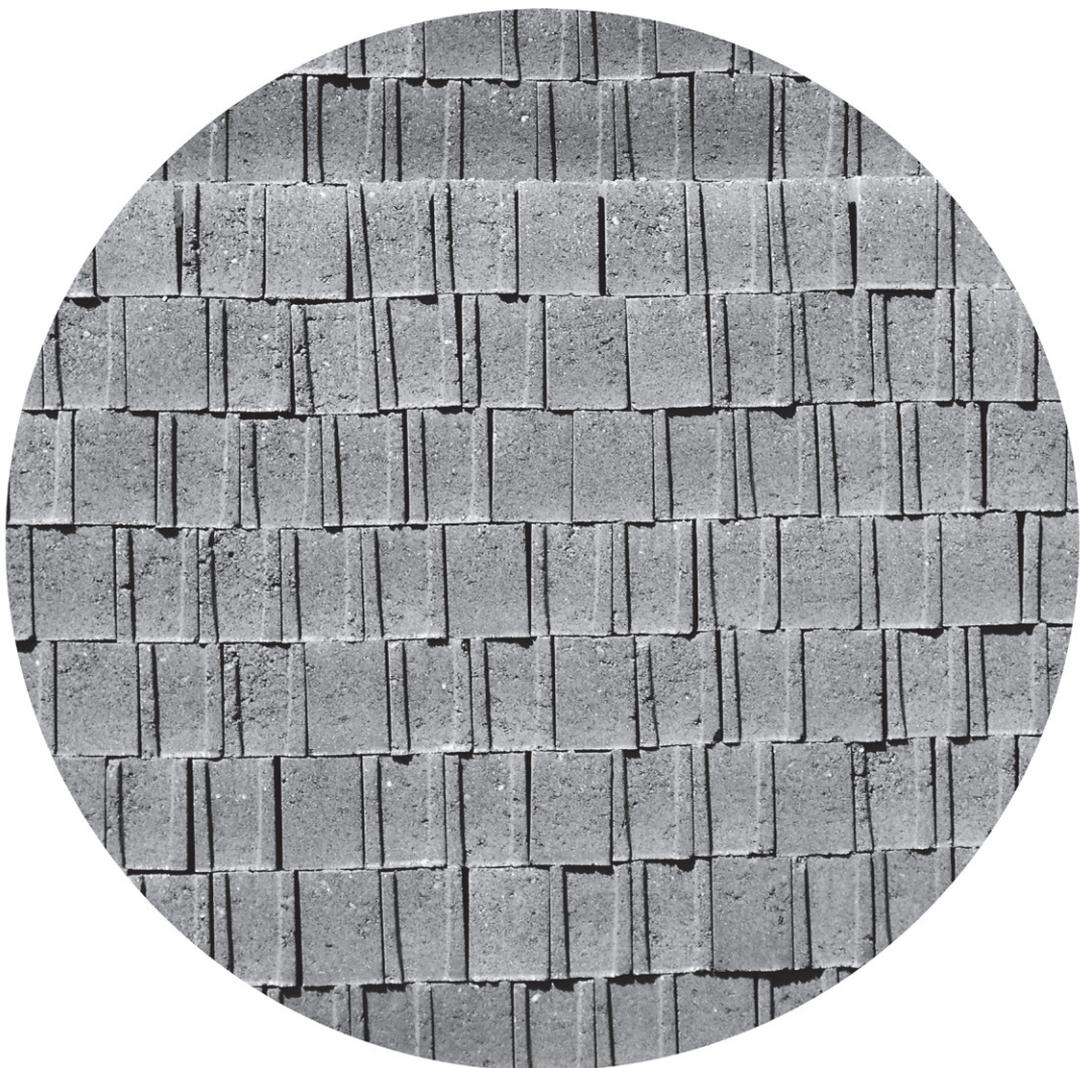
Hace pocos años, en los países nórdicos de Europa, sus libros fueron de los más vendidos. Y pensar que San Juan de la Cruz solo escribió unos cuantos poemas que no pasan de mil versos y con ellos se convirtió en la figura cumbre del Siglo de Oro en España. Muchos de los que conocen su obra dicen que será uno de los escritores más leídos del siglo XXI, aunque haya muerto hace más de cuatrocientos años. Yo creo lo mismo. El nuevo siglo apenas comienza, y en todo el mundo y en todos los idiomas, hay quienes abren hoy las páginas de sus libros para poder sobrellevar la vida. Lo llaman el poeta del amor y tal vez ese fue el único tema de su poesía. Él mismo lo dice así: «Donde no hay amor, ponga amor y sacará amor».

Yo, que sufro del mismo mal de él, del mismo mal de todos los hombres, le escribí esta plegaria:

*Mi pequeño santo de los poetas:
Tú que me iniciaste
en la liturgia
de la palabra transida de amor
cuando yo todavía era un adolescente:*

*ruega a Dios por mí
en esta noche oscura del alma
allá en el cielo, tu morada.*

Tomado de *El libro de la vida*, Dann Regional, Medellín, 2006, pp. 50-53



Bloques, de la serie LEGO. Fotografía digital. 2019

Bajo el volcán, toma uno

¿No es cierto que cuando uno acaba de leer un buen libro y cierra sus hojas, siente un poquito de tristeza y, tal vez tratando devolver eterna esa conversación misteriosa y cargada de amor y de silencio que es en verdad una lectura, a veces hasta quisiera llamar al autor por teléfono? A mí me ha pasado varias veces. Una de ellas fue cuando acabé de leer *Bajo el volcán*, la novela de Malcolm Lowry. Él estaba muerto hacía más de veinte años. Entonces busqué una foto y le hice un altar. La historia de la novela sucede un dos de noviembre, el día de los muertos, en Cuernavaca, muy cerca de Ciudad de México. Y un dos de noviembre le prendí velas al altar. Un amigo que fue a visitarme miró las velas, me miró a mí y se fue a los cinco minutos sin hablar.

Estoy seguro de que no soy el único al que le han pasado esas cosas con *Bajo el volcán*. A una amiga, los ladrones le vaciaron la casa un fin de semana y lo único que no le robaron fue ese libro. Se lo dejaron intacto, sobre el piso. Se ve que no solo eran ladrones honrados sino buenos lectores. Marco Antonio, otro amigo que quiero mucho, cada dos de noviembre tiene permiso de María Soledad para perderse por las calles de Caldas y hacer todas las ceremonias que quiera, solo o acompañado, en memoria del Cónsul. Tanto para él como para mí, el día de los muertos es nuestro Bloomsday.

Confieso que mi amor por Malcolm Lowry es un poco enfermizo. Tanto que un día no aguanté más y fui hasta Cuernavaca en busca de él, como si todavía estuviera vivo tomando mezcal en una cantina de México. Por supuesto que como los periodistas solo viajamos a otros países en las películas, no fui por mis propios medios: aproveché una invitación a una feria del libro de la Universidad Autónoma de México. Apenas tuve un día libre, fui a una estación de buses y compré un pasaje para Cuernavaca. Me acompañaron dos amigos mexicanos a los que les dio miedo que me atracasen en el camino: pobrecitos, se ve que no saben dónde está Colombia en el mapa ni conocen el talento nacional. Yo fui el que los tuve que cuidar.

Mi primer susto me lo llevé cuando el carro llegó a la misma estación de autobuses donde el Cónsul fue a despedir a Yvonne por última vez. Allí me recibió un afiche inmenso de la Oficina de Turismo de la municipalidad con un letrero que decía: «¡Bienvenido a la ciudad de la eterna primavera!». Me sentí como un personaje más de la novela de Lowry que empezaba a vivir su propia pesadilla. ¿De modo que había viajado durante dos semanas a más de tres mil kilómetros de mi país para bajar de un bus en una ciudad como la mía? ¿El paraíso perdido del Medellín de la eterna primavera? Lo primero que hice para calmar los nervios fue buscar una venta de licores y comprar una botella de mezcal, como hacía el Cónsul cada mañana. Lo compré marca Tizoc, con gusano, destilado y envasado en Oaxaca, como dicen que le gustaba a Lowry. Antes de volver a pisar la calle me tomé el primer trago. Mis amigos me dijeron que tuviera cuidado, que el mezcal producía alucinaciones. Yo no les hice caso y me perdí en Cuernavaca en busca de las calles, las plazas, los teatros y las cantinas donde sucedió la historia de *Bajo el volcán*. Cuando atajaba a la gente para preguntar por El Farolito, me miraban como si fuera un marciano. Nadie había oído hablar de Lowry, ni de la novela, ni mucho menos del Cónsul. Mis amigos, un poco apenados, me llevaron a una librería. No había ni un solo ejemplar de *Bajo el volcán*. Entonces decidí comprar un mapa turístico de Cuernavaca. Nos sentamos

en una cantina de la plaza principal a tratar de descubrir los lugares. ¡Qué tristeza! Por ningún lado figuraban ni la cantina de Bustamante, ni el teatro donde estaban presentando *Las manos de Orlac*, con Peter Lorre. El Palacio de Maximiliano estaba cerrado, por ser lunes. Solo estaba abierto una especie de museo con un nombre triste, que me sirvió para comprender lo que estaba sucediendo. Se llamaba La Casa del Olvido...

Me tomé otro trago de mezcal puro de Oaxaca, sin acordarme del gusano, y mis amigos pidieron un par de cervezas. Yo les dije, mostrándoles en el mapa La Casa del Olvido: «Aquí es donde estamos». Ellos se miraron perplejos y yo me dije: no me puedo dejar derrotar de la tristeza. Y después de echarme entre pecho y espalda otro mezcal, me levanté de la mesa y me fui solo por la avenida principal en busca de Malcolm Lowry. Un policía que estaba dirigiendo el tráfico me dijo, entre pito y pito, que no sabía dónde quedaba nada pero que por ahí cerca había un hotel que tenía un nombre de un volcán. Yo me fui solo, esquivando los camiones, y a las dos o tres cuadras vi a lo lejos un letrero que me puso a temblar: «Hotel Bajo el Volcán». En menos de dos minutos estaba en la puerta. No tuve necesidad de guías para reconocer la casa del Cónsul, a pesar de que le habían tumbado la mitad de la fachada para construir una boutique. Adentro, la casa donde el Cónsul e Yvonne vivieron su infierno estaba intacta. Era un hotel de paso, para excursionistas gringos con camionetas Ford Explorer de alto cilindraje. Pedí permiso para recorrer la casa y como aconseja San Ignacio de Loyola me fui directo al baño. Apenas abrí la llave del agua, mi mano se me quedó pegada de la llave, como si me hubiera electrocutado. Me costó varios minutos despegarla. Pensé que el Cónsul estaba allí en una de sus mil noches de insomnio y de agonía. No fui capaz de orinar. Me sentía como profanando un lugar sagrado.

Cuando salí del baño, descubrí en el fondo de la casa el patio y la piscina donde Yvonne se bañó ese dos de noviembre en que regresó a Cuernavaca en busca de Lowry y lo encontró, como todos los días, borracho, en una cantina. En ese momento

me di cuenta de que mis amigos mexicanos me habían seguido de lejos, en silencio. Sin siquiera mirarlos, me fui como un rayo hasta la piscina, me arrodillé y metí la mano en la misma agua azul donde Yvonne se había bañado mientras el Cónsul, encerrado en su cuarto, luchaba por afeitarse mientras las manos le temblaban. Después, como si estuviera junto a la pila de agua bendita de una iglesia, me eché la bendición. Las carcajadas de mis amigos me devolvieron a la realidad: estaba en Cuernavaca, eran las doce y media del día y los empleados del hotel estaban a punto de llamar a la policía. Me tomé otro trago de mezcal.

La historia terminó con un almuerzo episcopal en mitad del patio y con dos o tres incidentes más: el hallazgo del teatro, de la cantina de Bustamante, del parque de diversiones donde daba vueltas la rueda infernal...

Pero déjenme que les cuente otro día el resto de la historia, porque ahora estoy celebrando con un tequila la primera toma de la película que Ignacio Ortiz Cruz empezó a rodar en Oaxaca. Se llama *Mezcal* y está basada en la novela de Lowry. No he visto ninguna película de él, pero sé que ha ganado los premios de cine más importantes de México. Además, antes de dar la orden de empezar a rodar, dijo que *Mezcal* era la historia de la vida de seis personas habitadas por la culpa y el dolor, que se encuentran en El Farolito un dos de noviembre para hablar de sus vidas. Apenas leí en la prensa sus palabras, me dije: a Ignacio no le va a pasar lo mismo que a John Houston, ese gran director de cine, que se equivocó de principio a fin cuando filmó su versión de *Bajo el volcán*: convirtió el drama íntimo del Cónsul —un borracho que no habla— en un sainete donde un borracho no para de hablar. Creo que Ignacio encontrará su Parián, ese pueblo apartado del mundo adonde viajan Yvonne y el Cónsul el día de los muertos a ver una corrida de toros y encontrarse con la muerte. Estoy seguro de que de su película hablarán mejor hasta los chivos.

Digo los chivos porque hace varios años, después del estreno de la película de John Houston, estaban dos chivos comiendo desperdicios en un basurero de Ciudad de México, y uno de

ellos se encontró un pedazo de la cinta y empezó a mascar y mascar. Tratándose de un celuloide de última generación y de alta calidad, la tarea no era fácil. Entonces el otro chivo se le acercó y le dijo: «¿Cómo te parece?». El chivo que luchaba por tragarse el primer bocado dejó de mascar para darle su respuesta: « ¡Me gustó más el libro!».

Tomado de *El libro de la vida*, Dann Regional, Medellín, 2006, pp. 81-86

¡Vos también, Cortázar!

Si esto fuera un libro, sería suicida. Ya se lo habían dicho a Julio Cortázar los amigos que leyeron los borradores, poco antes de su muerte. Para un escritor que publicó tantos cuentos y novelas tan difíciles de olvidar, la idea de publicar poemas con prosas era (Julio, por Dios, ¡estás loco!) una especie de hara-kiri. El lector, según esos amigos, se vería obligado a cambiar de voltaje a cada página y es así como se queman los bombillos.

Parece que Cortázar, sin embargo, estaba dispuesto esta vez también a desoír los consejos, tal como ocurrió el día en que un amigo piadoso le aconsejó botar a la basura el manuscrito de *El perseguidor*, uno de sus mejores cuentos. Por eso él se decía a sí mismo: «No importa... Si tus amigos reaccionan de manera tan convulsiva se siente que lo mismo te quieren, como a mí también me quiere José Miguel Oviedo cuando afirma que mis poemas son conmovedoramente malos. Y eso que solo conoce los que he publicado; imagínate ahora la cara que va a poner».

Pues bien. Ahora, muchos años después de su muerte, el libro —llamémoslo así— sigue vivo en las vitrinas de muchas librerías de España y América. Esta semana, en silencio, acompañaba las demás obras de Cortázar en la Feria Internacional del Libro, en Bogotá, dedicada a su memoria. El título —*Salvo el crepúsculo*—, como tantos otros igualmente hermosos de

Cortázar, está tomado de un poema japonés que dice: «Este camino ya nadie lo recorre, salvo el crepúsculo».

Al mismo autor le costaba trabajo hablar de lo que hizo. En resumen, es un libro *jodido*, decía. Cortázar sabía, más que nadie, que tenía toda la razón: lo que el lector tiene entre manos, cuando abre estas páginas, son poemas escritos en la libretica de tapas verdes donde él escribía cuando cambiaba de avión. Son poemas de bolsillo, poemas de rato libre en el café, prosas de un hombre que se siente capaz de escribir *Oh* sin sentirse idiota, poemas de hotel, sonetos de los años cuarenta en los que la abstracción y la forma bastan para la felicidad. Son letras de tangos, poemas de amor, versos de boleros. En medio de tanto desorden, uno se asusta cuando ve que a lo largo de las páginas del libro va naciendo un orden, cuando escucha la voz y hasta la respiración de alguien que, con una sabiduría amarga, nos dice que toda la vida es un ayer y todo encuentro es una pérdida. Y nos lo dice sin solemnidad, sin miedo a escribir sonetos en estos tiempos de miseria: amargo precio del poema, las once sílabas del verso.

A mitad de camino, Cortázar se detiene para pedir perdón. Detrás de toda tristeza y toda nostalgia —dice—, quisiera que el mismo lector sintiera el estallido de la vida y la gratitud de alguien que tanto la amó. Después implora una comunión con el que lee sus páginas, sin la cual advierte que jamás habría escrito nada, y pide que esa comunión participe a la vez de la tontería y la ingenuidad: loadas sean las tres.

En otro capítulo, luego de confesar que escribimos tristeza cada vez que estamos llovizna, Cortázar dice: «Estos *pameos* son mis amores, mis bebidas, mis tabacos; sé que los critico como se critica lo que se ama, es decir muy mal, pero en cambio los acaricio y los voy juntando aquí para esas horas en que algo llama desde el pasado, busca volver, resbala en el tiempo, devuelve o reclama, agenda telefónica de las altas horas, ronda de gatos bajo una luna de papel. Todo eso escrito en ese atardecer de la vida en que nos despertamos más tristes y más sabios...».

No hay que defender a Cortázar por este libro póstumo, que tiene hasta un soneto con un endecasílabo de diez sílabas, producto más bien de un pequeño descuido de los editores —Alfaguara, de España—. Cortázar estaba tan seguro de él que muchos de los poemas circularon entre sus amigos en pequeñas ediciones privadas impresas en su casa con un mimeógrafo manual Gestetner. Sí, no hay que defenderlo. Cuando apareció *Salvo el crepúsculo*, fue la primera vez en muchos años que un libro de Cortázar me tocó de nuevo: iba más allá del puro oficio del escritor que sabe lo que hace, pero nada más. En sus páginas hay amor, hay dolor, hay vida, hay pasión. Cosas casi todas que —después de leer tantos libros producto nada más que de su oficio, sobre todo después de 62, modelo para armar— uno recordaba con nostalgia al volver a leer al Cortázar de *Bestiario*, *Final del juego*, *Las armas secretas*, *Rayuela*. Una vez que uno cierra la última página de *Salvo el crepúsculo*, el reencuentro termina con un abrazo feliz al viejo amigo que no tuvo miedo de abrir el cajón del escritorio, poco antes de morir, para sacar los poemas de veinte, treinta años atrás, que retrataban su alma y su rostro como viejas y fieles fotografías.

Edward Morgan Forster decía que la prueba final de un libro es el cariño que nos inspire: la misma prueba que hacemos a los amigos y a todas esas otras cosas hermosas que no sabemos definir. En el caso de *Salvo el crepúsculo*, habría que decir que Cortázar pasó la prueba. ¿Cómo no iba a pasarla con estos versos de amor memorables, como los «Poemas para Chris», «Si he de vivir sin ti»? ... y esa estrofa que parece un tango del año cincuenta:

Y si el llanto te viene a buscar, agárralo de frente, bebé entero el copetín de lágrimas legítimas. Llorá por fin un llanto de verdad.

¿Qué más decir del libro de alguien que siempre se negó a aceptar otro orden que el de las afinidades, otra cronología que la del corazón, otro horario que el de los encuentros a deshora, los verdaderos? En *Salvo el crepúsculo*, Julio Cortázar se atrevió a gritar: «Quiero llorar porque me da la gana, como lloran los niños, porque yo no soy ni un poeta, ni un hombre,

ni una hoja». Tal vez por eso dejó que, después de muerto de sida en París —y sin aguacero—, sus amigos publicaran este libro suicida. Por eso se despidió, como Don Segundo Sombra. Es decir, se fue, como quien se desangra.

Tomado de *El libro de la vida*, Dann Regional, Medellín, 2006, pp.72-75



S. t., de la serie *Horizontes*. Fotografía digital. 2017-

Juan José Hoyos: la pasión por el periodismo y por la literatura

Entrevista de Andrés Vergara, profesor de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

Juan José Hoyos es escritor, periodista y profesor jubilado de la Universidad de Antioquia, donde durante muchos años contribuyó con la formación de varias generaciones de periodistas. Una de sus cátedras más importantes fue el seminario de periodismo y literatura, que después quedaría sintetizado en su libro *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo* (2004); durante sus últimos años como profesor de la Universidad creó el Club de Lectura John Reed, una especie de aula extramural donde pudo compartir con sus discípulos la pasión por el periodismo narrativo. Además de sus dos novelas, *Tuyo es mi corazón* (1984) y *El cielo que perdimos* (1990), en las que retrata la cotidianidad de una Medellín que pasó del ambiente apacible de los sesenta a la nueva urbe de los ritmos violentos que le imprimió el narcotráfico, también se destacan varios de sus libros con sus relatos periodísticos, entre

los que sobresale *El oro y la sangre* (1994), con el que obtuvo el premio nacional de periodismo Germán Arciniegas, otorgado por la editorial Planeta. En su producción también se distingue *La pasión de contar. El periodismo narrativo en Colombia, 1638-2000* (2009), que comprende un estudio y una selección de relatos periodísticos que abarca desde la época colonial hasta el año 2000. Precisamente por su larga trayectoria y por su interés casi obsesivo en el tema del periodismo narrativo, a propósito del protagonismo que ha recuperado la crónica en los últimos años, sostuvimos con él este diálogo.

Juan José, cuéntenos a qué proyecto de escritura está dedicado en la actualidad

Desde que empecé en este oficio me he mantenido entre el periodismo y la literatura. En el periodismo casi siempre estoy escribiendo crónicas o pequeños artículos, y paralelamente siempre estoy trabajando en algún proyecto narrativo. En los últimos años he estado tratando de terminar una novela que empecé hace bastantes años ya. La novela es un género muy peculiar, y recuerdo mucho unas palabras de Borges cuando dijo que, aunque no había ejercido el periodismo habitualmente, él sentía que en este campo uno buscaba los temas, mientras que en la literatura los temas lo buscaban a uno. Desde que empecé en este oficio he estado haciendo periodismo para vivir y siempre estoy trabajando en algún proyecto de literatura, en este caso la novela. Y tengo también empezados otros dos libros, que ahí van encontrando el camino.

Según esto, ¿le resulta más sencillo escribir periodismo que literatura?

La literatura es una escritura de largo aliento. Cuando uno escribe literatura, sobre todo novela, es como una cometa que empieza a pedir y pedir pita, y tiene que entregársela toda, es una escritura sin tregua, en la que uno se tiene que entregar completamente; el periodismo uno lo puede hacer en trechos cortos: dos, tres días o una semana entregado a un tema, pero en literatura son semanas, meses, años... Pensando en esto

entendí una frase de Raymond Carver, cuando le preguntaron por qué no escribía novelas dado que escribía cuentos tan buenos; él respondió, un poco en broma pero con mucha sabiduría, que se debía a que él cambiaba mucho de silla: que había tenido una vida muy agitada, trasladándose de un lugar a otro para sobrevivir, por lo que rara vez había podido estar sentado en una misma silla mucho tiempo, y para escribir una novela era necesario tener una silla fija y estarse quieto un buen tiempo.

Hace como unos veinte años estamos esperando su novela relacionada con el tango en Medellín. Nos preocupa que pueda pasar lo mismo que ocurrió con *La cordillera* de Rulfo, tan anunciada y que al fin no apareció. ¿Cómo va ese proyecto?

El libro lo he reescrito como tres o cuatro veces: en el momento menos pensado se viene. En este momento estoy recordándolo, pensando siempre en que a veces uno corrige tanto que termina mutilando las cosas. Estoy tratando de que ese animal salga bonito, pero que quede vivo. Yo no quiero abortar ese libro. Preferiría no publicarlo.

Volviendo a sus comienzos, ¿el periodismo lo llevó a la literatura?

34

No, en mi caso fue al contrario: la literatura me llevó al periodismo. Crecí amando a la literatura, me formé como lector con la literatura, y dado que no vengo de una familia rica y nosotros teníamos que trabajar para sobrevivir, cuando fui a elegir una carrera, pensé en un oficio que me permitiera sobrevivir, pero que no me alejara mucho de los libros, porque tampoco quería ser profesor de literatura. Por eso decidí estudiar periodismo, que no me alejaba tanto de la vida, con la que está muy ligada la literatura. Y creo que no me equivoqué: porque aunque en Colombia es tan complicado su ejercicio, me siento feliz de haber elegido este oficio que me ha permitido conocer a mi gente, a mi ciudad y a mi país. Si tuviera la oportunidad de volver a elegir un oficio, volvería a elegir el periodismo.

¿Comparte con Albert Camus la idea de que el periodismo es el oficio más bello del mundo?

Sí. Incluso mi libro más reciente, *El eco de las cosas* (2018), lo abro con un texto titulado “El oficio más bello del mundo”, el cual escribí al recibir el premio Simón Bolívar a la vida y obra de un periodista, que me fue otorgado en 2017. Lo más importante del periodismo es que uno está junto a la gente y que uno se convierte en la voz de aquellos que no tienen voz. Es lo que lo hace bello.

¿Es útil el periodismo para la literatura?

Yo creo que sí, pero hay que hacer ciertas precisiones: es útil en la medida que te acerca a la vida y te amplía el panorama, pero no en el sentido en que tiene muchos espejismos, y si lo asumes como un oficio para acercarte al poder, si te hace perder tu condición esencial de ser humano comprometido con el destino de la gente, si te pervierte, se vuelve dañino. Yo creo que la relación fundamental del arte es con la verdad, y la del periodismo también: Hegel tenía razón cuando decía que la belleza es la verdad y que la búsqueda fundamental del arte es la verdad. En este sentido, la búsqueda de la verdad es muy bella en el periodismo, pero en la medida en que se abandone esa búsqueda, el periodista se pervierte, y es cuando ve abocado a los espejismos. Incluso, como dice Hemingway, es una profesión dañina si uno no se sabe retirar a tiempo. Él dice que hay tres profesiones muy bellas de las que es necesario retirarse a tiempo: el periodismo, el boxeo y la prostitución. El periodismo puede llevar a un escritor a la prostitución, sin darse cuenta.

¿Tiene algún autor emblemático en periodismo y en literatura?

Ha sido algo muy paradójico en mi vida: después de formarme como lector, elegí el periodismo, pero no sabía lo cercanos que habían estado el periodismo y la literatura a lo largo de la historia. A medida que ha pasado el tiempo, he encontrado modelos y más modelos de esa relación. Por ejemplo, un escritor que me asombró por esa relación fue Antón Chéjov. Uno de los libros más influyentes en su vida

fue *La isla de Sajalín*, un gran relato periodístico sobre un viaje a esa isla prisión de la época zarista. Entre otras cosas, ese libro fue el que lo transformó a él, que hasta ese momento había publicado algunos cuentos sin ese aliento profundo que iba a tener después su obra. Sin ese libro, sin esa experiencia que lo marcó tan hondamente, tal vez no hubiera existido el Chéjov que conocemos hoy. Hay otro ejemplo muy conocido y es el de Hemingway, al que yo había leído desde muy joven; por ejemplo *Por quién doblan las campanas*, una de las primeras obras suyas que leí, me impresionó mucho, sin imaginarme que era una novela alimentada por las vivencias del escritor como corresponsal de la Guerra Civil española. Hay otro escritor que admiro mucho, Isaac Babel; leí primero sus cuentos y me gustaron mucho; luego encontré su libro *Caballería roja*, que es una especie de diario, y ahí descubrí que también había sido corresponsal de varios periódicos revolucionarios y soldado en las filas del ejército rojo. Otro autor que amo profundamente es Juan Carlos Onetti; tampoco sabía que había sido reportero, que trabajó para la agencia France Press y para varios periódicos de Uruguay y Buenos Aires. Y cuando todavía en bachillerato leí *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, tampoco sabía que había sido periodista. Con otro autor, José Martí, al que conocía como precursor de la independencia cubana y por sus poemas, la vida me dio un vuelco cuando descubrí sus crónicas, casi todas publicadas en periódicos norteamericanos; se trata de un cronista con una gran prosa para su época. Así pues, son muchísimos los grandes escritores que han trasegado también por el periodismo, y en el caso de América Latina, la historia de la literatura está tan ligada al periodismo que la figura del hombre de letras de esa época solo se logra consolidar por medio de este, que es un hito de nuestra literatura; por ejemplo José Martí, Roberto Arlt, Manuel Gutiérrez Nájera, Rubén Darío... Hubo una gran generación de escritores fundacionales de la literatura latinoamericana, y casi todos ellos vivieron del periodismo y se formaron en el periodismo. También podemos mencionar casos similares de

otras latitudes, como Balzac, Charles Dickens y Daniel Defoe. En fin, los estudios demuestran que el desarrollo de la novela moderna, sobre todo de la novela realista, está muy ligado al periodismo narrativo. En resumen, no es que el periodismo sea verdadero y la literatura sea falsa, sino que los dos sostienen una relación distinta con la verdad: la literatura está más regida por la búsqueda de esa verdad profunda del ser humano, por el ahondamiento en la experiencia, mientras que en el periodismo esa verdad está más ligada a los hechos y los datos concretos. Los dos son verdaderos, pero el periodismo quizá tiene una relación más utilitaria con la verdad, mientras que la literatura es el fin en sí misma. Un lugar muy común es la idea de que el periodismo está ligado a la realidad y la literatura no, pero eso es mentira. Lo que pasa es que la literatura está ligada a la realidad de una manera distinta. La literatura puede hacer una recreación más verdadera de la realidad que la que construye el periodismo.

En síntesis, ¿cuál considera que es la clave para ser un buen periodista?

Yo diría que es algo muy parecido a lo que se necesita para ser un buen escritor: ser fiel a sí mismo, buscar la verdad, ir a la realidad con todos los sentidos abiertos, y la mente y el corazón también abiertos frente a esa realidad... Y tratar de recrear esa realidad con el mejor idioma posible.

Usted ha sido periodista y formador de periodistas. Esa experiencia como docente la ha sintetizado en *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. A partir de toda su trayectoria como docente y periodista, ¿cómo ve el periodismo que se está haciendo hoy en Colombia?

Yo creo que es un periodismo en el que se ven dos tendencias. Por un lado, veo con mucha preocupación que los periodistas nos estamos convirtiendo en siervos de la velocidad, y uno de los enemigos del buen periodismo, sobre todo del periodismo narrativo, es la velocidad. Por otro lado, veo una cosa muy bella y es que hay una nueva generación de periodistas, junto

a algunos de la escuela antigua del periodismo narrativo, que están haciendo un periodismo de alto nivel, muy bien investigado y muy bien escrito. En eso ha contribuido el que muchos periodistas de la anterior generación buscaran en el libro una forma de expresión. Yo creo que la historia contemporánea de Colombia se ha enriquecido mucho con los libros de nuestros periodistas que se han dedicado a contar la realidad de una manera mucho más profunda de lo que se hace en los periódicos, las revistas y los noticieros.

¿Resaltaría a algunos de esos periodistas que están contribuyendo con ese buen periodismo de hoy?

Aunque las listas son siempre incompletas, yo resaltaría a Germán Castro Caycedo, que es uno de los pioneros, sobre todo con sus primeros libros, pero tampoco es el único. Incluso hay gente que si bien no se formó en el periodismo, ha echado mano de sus herramientas para acercarse a los lectores, como en el caso de Alfredo Molano, que viene de la sociología y en parte también de la antropología, y escribe libros muy importantes sobre nuestra realidad. O Javier Darío Restrepo y Antonio Caballero con sus columnas y también en algunos libros con sus crónicas y sus ensayos. Silvia Galvis en algún momento también hizo libros muy bellos. Arturo Alape, por ejemplo, viniendo desde la literatura, escribe un libro magnífico que tiene valor literario, histórico y periodístico: *El Bogotazo. Memorias del olvido*. En la reconstrucción de ciertos momentos de nuestra historia, como la toma del Palacio de Justicia por parte del M-19 y todo lo que ocurrió después, me parece muy importante el libro de Olga Behar, *Noches de humo*. El libro de Alberto Salcedo Ramos sobre los juglares vallenatos. El trabajo de Patricia Nieto sobre la violencia, o el de María Teresa Ronderos, *Guerras recicladas*. En fin, en una lista siempre quedan muchos por fuera, pero en general son libros que, aunque muchos de ellos no sean *best sellers*, han hecho contribuciones importantes en la historia colombiana contemporánea. Entonces, a la vez que se ha empobrecido mucho el periodismo,

por la velocidad y la falta de investigación, por otro lado se ha enriquecido mucho por una generación de periodistas que han estado haciendo trabajo en revistas, de modo independiente y sobre todo publicando libros.

Usted también tiene una larga trayectoria como investigador de la prensa en Colombia, y fruto de ello es su libro *La pasión de contar*, que es una selección de relatos periodísticos desde los tiempos coloniales hasta el año 2000, aproximadamente. ¿Cuáles son los primeros hallazgos que nos quedan de toda esa investigación?

Lo primero es que eso que llaman *nuevo periodismo* realmente no es nuevo, pues el periodismo narrativo existe en el mundo desde hace mucho tiempo; sucede que hay épocas en las que se pone de moda y en otros periodos lo echan a la trastienda, pero en verdad es una forma de narrar de mucha tradición, y está muy ligado al desarrollo de nuestra literatura, por eso la forma de contar de la literatura realista es muy cercana a los cronistas coloniales, que luego se fue fortaleciendo con los cronistas de Independencia en el siglo XIX. Se puede ver, por ejemplo, que la fundación de nuestra literatura se da con las crónicas: las dos grandes obras literarias colombianas antes del siglo XX son crónicas: *El carnero*, de Juan Rodríguez Freyle, y *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, de José María Cordovez Moure. Este último fue publicado en periódico; el primero no, porque en esa época apenas estaba llegando la imprenta. Por otro lado, encontré que mucha parte de nuestra historia está contada al calor de los sucesos de la época, y narrada de una manera bella; como decía Álvaro Cepeda Samudio, otro gran escritor y periodista de Colombia, el periodismo narrativo es literatura de urgencia: es decir, escrito al calor de los acontecimientos, pero es literatura. También encontré que la historia de nuestra literatura es inseparable de la historia de nuestro periodismo narrativo. Todos los grandes autores de la literatura aparecen en esa lista de los cronistas: Juan Rodríguez Freyle, Cordovez Moure, José Manuel Restrepo, José María Samper, y

poetas como José Asunción Silva, Porfirio Barba Jacob, escritores como Hernando Téllez, José Antonio Osorio Lizarazo, José Eustasio Rivera, Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio... Todos están íntimamente ligados a esa historia. Y entendí que lo que ocurrió en latitudes muy lejanas a nuestro país también ocurrió aquí: los géneros literarios crecieron de una manera muy cercana a los formatos del periodismo narrativo, y muchos de nuestros escritores se formaron en ese oficio, que paralelamente fueron involucrando en sus vidas, e incluso el oficio del periodismo les permitió convertirse en escritores.

Usted ha insistido en que para el periodista es importante la formación como lector de literatura.

Sí, creo que esta es otra parte muy importante para la formación de un periodista, sobre todo de un periodista narrativo: la lectura. El que no es un buen lector es muy difícil que sea un buen escritor. La formación de un periodista en muchos aspectos se parece a la formación del escritor. Yo siempre leo, todos los días tengo que leer literatura.

¿Cómo ve el panorama de la literatura contemporánea en Colombia?

No soy un gran lector de literatura colombiana contemporánea. Yo crecí leyendo el *boom* latinoamericano, y en un momento dado de mi vida me di cuenta de que ese fenómeno tan importante para nosotros, que nos reveló a algunos de nuestros grandes escritores, también había dejado a otros muy grandes en la sombra, como Onetti, Borges, Leopoldo Marechal y Felisberto Hernández, por ejemplo. Gran parte de mi generación creció leyendo mucho por la moda que imponían las editoriales, el fenómeno editorial y propagandístico de ese llamado boom. Me di cuenta de que tenía grandes lagunas y empecé a leer hacia atrás con el fin de llenarlas. Me puse a leer a Onetti, a Marechal, a Roberto Arlt... Recuerdo que leía mucho las entrevistas a los grandes escritores del *boom*, como Vargas Llosa, Cortázar, que era tan pulcro y tan honesto. Recuerdo



Ciudad, de la serie *LEGO*

que siempre le ponía mucho cuidado cuando mencionaba con cuáles escritores se habían formado, y yo me iba a leer a esos escritores. Tenía una lista larga. Yo veía que García Márquez hablaba de un gran escritor de cuentos que no conocemos mucho, José Félix Fuenmayor, y me iba a leerlo. Teníamos otro gran escritor al que no le prestábamos mucha atención, aunque se había ganado el premio de novela Esso, Héctor Rojas Herazo, que tiene dos novelas fundamentales en la formación de García Márquez: *Respirando el verano* y *En noviembre llega el arzobispo*. Para llenar esas lagunas me puse a leer clásicos, y luego, cuando me salí de *El Tiempo*, hice un curso propio de “clásicos” de la novela: me puse a leer todos los novelistas importantes del siglo XIX. Y me desconecté mucho de los autores contemporáneos. Ahí me di cuenta de algo muy importante: que hay autores vivos muy importantes, pero que hay que leer a los muertos primero, a esos de los que los vivos aprendieron: este es un consejo que les daba a mis estudiantes. De los contemporáneos hay dos autores que me gustan mucho: Luis Fayad y Andrés Caicedo.

A propósito de su recuento, en mis indagaciones llegué a la conclusión de que Cepeda Samudio también fue muy influyente en la formación de García Márquez.

42

Hablando de eso, tengo una crónica por escribir relacionada con Tita Manotas, la viuda de Cepeda: aunque ella ya casi no sale, fue a la presentación de mi libro *La pasión de contar*, en Barranquilla. Esa noche llegó allá a La Cueva y llevaba el libro bajo el brazo para que se lo firmara, porque, según ella, yo era uno de los pocos que había comprendido el valor que tiene Álvaro Cepeda Samudio para la literatura colombiana. Me pareció hermoso ese gesto. Y después me invitó a la casa, a la biblioteca de Cepeda. Y allá estaba el sillón en el que se echaba García Márquez a leer, y empezó a mostrarme los libros que ellos leían y cómo leían. Ahí me di cuenta de que hay dos tipos muy importantes en la formación de García Márquez. Uno de ellos fue Álvaro Cepeda Samudio, con los libros que traía de Estados Unidos y que le prestaba; ellos leyeron juntos

a los griegos, sobre todo a Homero, a Sófocles; leyeron juntos a Faulkner; Cepeda fue un gran lector de la Biblia, tenía como diez o quince ediciones de la Biblia en inglés, y leía a Joyce en inglés: ahí estaba por ejemplo *Finnegans Wake*. El otro tipo que influyó mucho en García Márquez fue otro gran periodista, que incluso trabajó como secretario de Rafael Uribe Uribe: hablo de Clemente Manuel Zabala, el editor de García Márquez en *El Universal*, el hombre del lápiz rojo. Él le ayudó mucho, corrigiéndolo y corrigiéndolo. García Márquez alguna vez dijo que él era producto del lápiz rojo de Clemente Manuel Zabala. De *El Universal* salió convertido en un buen escritor, luego se terminó de pulir en *El Herald* y con el Grupo de Barranquilla, y después en *El Espectador* con José Salgar y el maestro Eduardo Zalamea.

Como ejercicio didáctico, le propongo que nos diga qué es periodismo literario.

Yo no diría periodismo literario. A esto le ponen muchos nombres: yo prefiero hablar de periodismo narrativo. Lo literario lo asociamos mucho con la tradición literaria en nuestro país, que ha sido demasiado retórica, sobre todo esas generaciones de los centenaristas y después los piedracielistas; aunque hay también grandes escritores, entre ellos hay demasiados retóricos, que piensan que escribir bien es adornarse. El buen periodismo narrativo es aquel que se cuenta como si fuera un cuento, pero donde todo lo que se narra realmente ocurrió.

Como lo que pretendía hacer Truman Capote con *A sangre fría* y *Música para camaleones*.

Sí, Truman Capote lo hizo en esas obras, pero ya lo había hecho antes con otros relatos menos conocidos; pero en Colombia también lo había hecho García Márquez; y lo había hecho José Eustasio Rivera con crónicas que publicó antes de *La vorágine*; y lo había hecho José Asunción Silva con pequeñas crónicas magistrales como “El paraguas del padre León”, y José María Cordovez Moure con sus historias cotidianas de Santafé de Bogotá. El periodismo narrativo es el que cuenta la pequeña novela diaria, como lo hizo Roberto Arlt.

Algunos periodistas ceden a la tentación de inventar cosas para adornar la historia. ¿Qué opina usted al respecto?

No. El buen periodismo narrativo no adorna la realidad ni se pone a forzarla para volverla artificialmente bella. El buen periodismo cuenta la verdad, y contando la verdad logra la belleza, y así es como se vuelve arte. Cuando el buen periodismo narrativo cuenta la verdad, y la cuenta bellamente pero sin faltar a la verdad, se vuelve literatura. Esa es la tesis que sostengo en *La pasión de contar*, y en *Escribiendo historias*.

Entre sus obras literarias, periodísticas y de investigación, ¿hay alguna que sea su preferida?

Es difícil decir eso. Uno quiere cada obra por ciertas cosas. Pero una obra que quiero mucho es *El oro y la sangre*, aunque en otra época no me sentía tan a gusto con esa historia, porque sentía que era demasiado brusca; pero después me di cuenta de que la realidad era así, y que así la conté. En *El cielo que perdimos*, yo hice lo mejor que pude para contar esa historia de mi generación de periodistas frente a la realidad del país, y frente al amor... En fin, una generación a la que no nos tocó fácil. También me siento muy contento con este libro. Y con la novela *Tuyo es mi corazón* me han pasado cosas curiosas. Esta semana, por ejemplo, me llegó una carta de una muchacha de diecinueve años de un colegio, en la que muestra que, aunque han pasado treinta años desde su publicación, ella se identifica con la historia como si fuera su propia vida. Dice que ella hubiera querido vivir en las páginas del libro y me muestra ángulos de la novela que yo había olvidado. Eso también me da alegría. Otros dicen que es un libro sensiblero... Yo digo que es un libro muy trágico.

***Tuyo es mi corazón* es el libro que más reconocimiento le dio en esa época. ¿Tuvo algún efecto la adaptación de la novela a la televisión?**

El único efecto que tuvo es que mucha gente que no lee hablaba del libro. De resto no, en absoluto.

¿Cómo fue la experiencia para usted, que en esa época era un escritor tan joven, ver a algunas de las estrellas de la televisión colombiana interpretando a sus personajes?

Fue algo bonito. Lo más bonito fue notar que esa historia que yo pensaba que a nadie le interesaba, porque era una historia muy cercana a mi vida, a mi barrio, a mi ciudad, de pronto le interesaba a mucha otra gente, que le veía sentido. Me emocionó ver cómo el arte, al tratar una historia muy particular, puede volverla más universal. Esa es otra de las paradojas bonitas del arte. Esa es otra faceta del periodismo: una historia mal contada no dura más de un día, como lo demuestra la canción de Héctor Lavoe cuando dice que “Tu amor es un periódico de ayer”. Y una historia, aunque sea igual de breve, pero contada con toda su verdad y toda su belleza, se vuelve universal y sobrepasa la época y la geografía. De todos modos, al pensar en la adaptación a la televisión hay que tener en cuenta que la novela es una obra de arte, y la telenovela es un producto comercial.

Recuerdo que uno de los autores que más nos recalca a los estudiantes del seminario de periodismo y literatura era John Reed, del cual todavía recuerdo ese bello relato “Casi treinta”.

John Reed es otro caso muy paradójico, muy bello y muy cercano a mi vida. Yo empecé a leerlo cuando todavía estaba muy jovencito, cuando era estudiante de periodismo. Descubrí que era un gran escritor y un gran periodista. En él encontré esos dos oficios fundidos en la misma persona. Reed estudió en la Universidad de Harvard, en la escuela de humanidades; tomó cursos relacionados con la composición literaria, y recibió toda la formación humanística que da una gran universidad como aquella y como debería ofrecerla cualquier universidad en cualquier parte del mundo. John Reed empieza a trabajar, en medio de la bohemia neoyorquina y de la agitación social que se vivía en Estados Unidos en esa época, como hijo de una familia adinerada, pero hijo también de un hombre honesto, vinculado a la política, que tuvo que enfrentar la corrupción en Oregón, el estado natal de Reed. Gracias a un amigo de su

padre fue a trabajar en algunas publicaciones radicales estadounidenses. Como corresponsal, primero fue a cubrir una gran huelga y después fue a cubrir la Revolución mexicana. Para mí fue como un regalo de la vida encontrar dos grandes libros de él: *Diez días que estremecieron al mundo*, de gran calidad literaria y de un gran rigor histórico, con el que me di cuenta de que ese gran periodismo de Reed era mucho más que periodismo, y esto lo comprobé después al leer su otro libro, *México insurgente*; frente a este quedé mudo al ver la manera como él representaba la realidad de un país tan parecido al nuestro, y la manera como buscaba entender un fenómeno tan complejo como el de la revolución, todo ello a partir de sus relatos. Así, con el caso de John Reed queda bien ilustrado cómo un buen periodista es también un escritor. En obras como las de Reed se funden el periodismo y la literatura.

Para finalizar, quisiera preguntarle cómo ve el protagonismo que ha ganado el periodismo narrativo en los últimos años, con la amplia difusión de algunas obras de periodismo literario, incluyendo un premio Nobel de literatura para la periodista Svetlana Aleksíevich...

46

El periodismo narrativo ha ganado tanta fuerza que son muchos los periodistas cuyas obras se leen hoy como si fueran literatura. De hecho, son literatura sin ficción. Pienso, por ejemplo, en el periodista polaco Ryszard Kapuscinski y en sus libros *Viajes con Heródoto* o *Lapidarium*. También pienso en escritores como el argentino Rodolfo Walsh, el estadounidense Gay Talese o el británico Bruce Chatwin. De la periodista bielorrusa Svetlana Aleksíevich solo he leído su primer libro, *La guerra no tiene rostro de mujer*. Me impresionó tanto que casi no logro leerlo hasta el final. Por momentos me parecía estar leyendo pasajes de una novela de León Tolstoi, con la diferencia de que en este libro todas las historias eran contadas por mujeres que estuvieron en la guerra, la mayoría de ellas como combatientes voluntarias, y todo lo que contaban había sucedido así, como ellas lo decían: los lugares, las fechas y los nombres de las personas

eran reales... Lo mismo las batallas y las tragedias familiares. Me cuentan mis amigos que han leído todos sus libros que ella se formó en Bielorrusia —en Rusia, las escuelas de periodismo están donde deben estar: junto a las escuelas de letras— con un maestro que proponía nuevos formatos narrativos en la novela, como la llamada “novela oratorio” o “novela coral”, una especie de coro trágico en el que la historia está contada por muchas voces... Aleksiéovich ha usado esos formatos en sus libros... por eso están escritos con la fuerza avasalladora del testimonio —puro periodismo— y la hondura y la belleza de la literatura.

Entrevista de Andrés Vergara Aguirre, profesor de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia en la revista *Estudios de Literatura Colombiana* número 43, de la misma universidad, 2018, pp. 187-198.

Tomado de la Revista de Estudios de Literatura Colombiana número 43, Universidad de Antioquia, pp. 187-198



Desiertos, Intervención *in situ*, 2018

Ana Fernanda Ríos Gallán

Formación

2014- Artes Plásticas, Universidad de Antioquia.

Exposiciones Colectivas

2018 “Encuentros que habitan”, Arte en la Cámara, Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, Aburrá Norte.

2019 “Entre la Niebla”, CreaLab, Centro Cultural Facultad de Artes, Universidad de Antioquia.

2020 “Sobreexposición”, CreaLab, Centro Cultural Facultad de Artes, Universidad de Antioquia.

2022 “Parajes sin término”, Muestra de Grado, Biblioteca EPM Sala de Ciudad- Universidad de Antioquia.

2022 “Cartografías de una grieta”, Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe.

2022 “¿Cómo escribir la palabra “contemporáneo”? Manual de instrucciones”, Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Universidad de Antioquia.

Procesos Culturales y Colaborativos

- 2019** Proceso de Formulación del Plan Departamental de Patrimonio Cultural 2020- 2029 “Antioquia es patrimonio”. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia/ Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia.
- 2019** Ayudante en el proyecto colaborativo “Arquitectura Emocional: Anáneko” de la artista Angélica Teuta, Universidad de Antioquia.

Proyectos de Investigación

- 2018- 2019** Estudiante investigadora en el proyecto “Vivencias y narrativas del conflicto en Urabá. Una mirada desde los actores culturales regionales”, Semillero de investigación interdisciplinar en territorio y sociedad *Conexos*. Universidad de Antioquia.

Publicaciones

- 2022** Ilustraciones para el libro *La Arepa Invita. Amasijo de Saberes*. Universidad de Antioquia, Comfama y Alcaldía de Medellín.



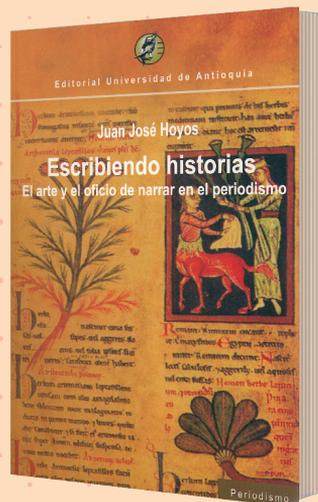
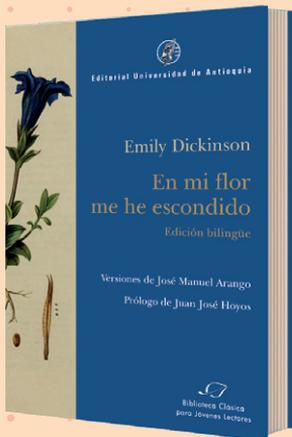
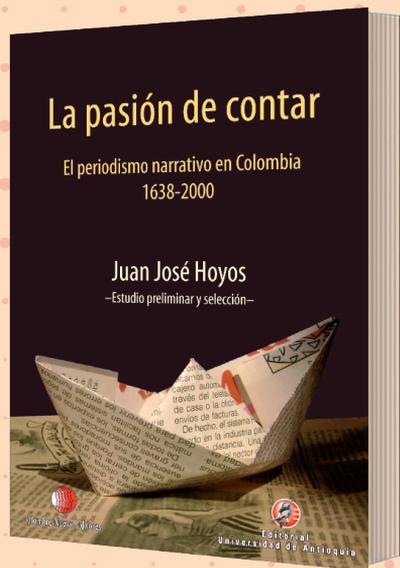
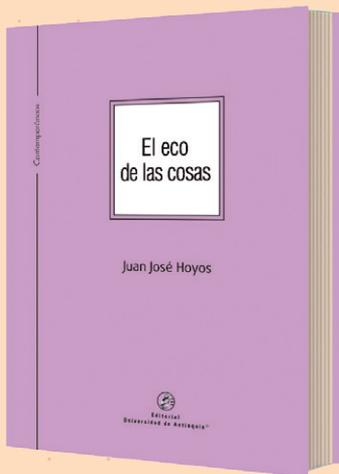
Imprenta
Universidad de Antioquia

—•— DESDE 1929 —•—

Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108.
Bloque 28, primer piso
(57) 604 219 53 30 | 219 50 13
imprenta@udea.edu.co
Medellín, Colombia

Adquiere estos y muchos títulos más en:
editorial.udea.edu.co

#LibreríaUdeA



Editorial
Universidad de Antioquia



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**